

capítulo 1

–DIOS MÍO, JAM, YA ES HORA DE QUE TE LEVANTES –dijo DJ Kawabata, mi compañera de habitación. Era una chica emo de Coral Gables, Florida, con “ciertos problemas de alimentación”, como había comentado vagamente. Se cernía sobre mi cama y su pelo negro colgaba sobre mi rostro. Gracias a DJ, nuestro dormitorio era una búsqueda del tesoro de comida oculta: barras de cereal, cajas de pasas de uva, hasta una botella de una marca desconocida de ketchup llamada, creo, *Hind's*, como si los fabricantes esperaran que la gente habría de confundirse con el ketchup *Heinz* original y lo compraría. Había ubicado todos esos productos estratégicamente para las llamadas “emergencias”.

Llevaba solo un día en El Granero y aún no había presenciado ninguna emergencia de mi compañera de dormitorio, pero ella me había asegurado que no tardarían en llegar.

–Siempre vienen –me había dicho con un encogimiento de hombros la primera vez que intentó explicarme cómo sería compartir la habitación con ella–. Vas a ver

algunas atrocidades que desearías no haber visto nunca. Pero no te preocupes, estoy hablando de manera *figurada*. No estoy realmente desquiciada.

Realmente desquiciada no era razón suficiente para ser aceptada en El Granero. Este lugar no era un hospital y consideraban muy importante advertir que estaban en contra de suministrar medicación psiquiátrica. En su lugar, insistían en que la experiencia escolar tenía como objetivo unir a los alumnos y ayudarlos a sanar.

No podía imaginar cómo pensaban lograrlo si ni siquiera te permitían tener Internet. Estaba completamente prohibido, lo cual me parecía una crueldad. También te confiscaban el teléfono celular. Había un viejo teléfono que funcionaba con monedas en los dormitorios de las mujeres y otro en el de los muchachos. Y, como no había Wi-Fi, podías utilizar la laptop para escribir los trabajos pero no podías entrar en Internet para investigar. Podías escuchar música pero no tendrías suerte si pretendías bajarte nuevas canciones online. Estabas completamente desconectado, lo cual no tenía ningún sentido considerando que todos los alumnos de esta escuela ya estaban desconectados de una u otra manera.

A pesar de que nadie lo decía abiertamente, El Granero era una casa que estaba a mitad de camino entre un hospital y una escuela común. Era como un enorme nenúfar donde podías permanecer como la rana antes de dar el salto que te llevaría de vuelta a la vida cotidiana.

DJ me contó que había estado previamente en un hospital especial para trastornos alimenticios. Todas las pacientes eran chicas, explicó, y las enfermeras llevaban

esos uniformes con dibujitos cursis de cachorritos u ositos panda y las hacían pesarse constantemente. A veces, cuando bajaban demasiado de peso, las alimentaban a la fuerza a través de tubos.

–Eso me sucedió una vez –afirmó DJ–. Una de las enfermeras me sostuvo y me aplastó sus tetas contra la cara y, cuando alcé la mirada, lo único que vi fue una marea de cachorritos Golden Retriever.

Cuando llegué a El Granero, DJ ya llevaba dos años allí. Y esa mañana, el primer día de clases, mientras flotaba encima de mí con su pelo colgando sobre mi rostro como una cortina, solo deseé que se marchara. Pero no lo hizo.

–Jam, ya te perdiste el desayuno –advirtió, como si fuera mi madre o algo parecido–. Es hora de ir a clase. ¿Qué tienes primero?

–Ni idea.

–¿No miraste tu Hori?

–¿Hori? Si hablas del *horario*, no.

Había llegado el día anterior después de un viaje de seis horas con mis padres y Leo. Mi madre se había pasado todo el camino sollozando y fingiendo que se trataba de alergia y mi padre escuchaba Radio Nacional con extraña intensidad.

–Hoy –decía la mujer de la radio–, vamos a dedicar todo el programa a las voces reprimidas por los talibanes.

Mi padre subió el volumen y asintió pensativamente como si se tratara de algo fascinante mientras mi madre cerraba los ojos y lloraba, pero no por las voces reprimidas por los talibanes, sino por mí.

Sentado junto a mí, mi hermano Leo actuaba como acostumbraba hacerlo, oprimiendo botones en el aparato que tenía en el regazo.

–Hey –dijo cuando avanzó un nivel del juego y me miró.

–Hey.

–Sin ti, la casa será horrible.

–Más vale que te vayas acostumbrando –repuse–. Nuestra infancia juntos está llegando a su fin.

–Eso es una maldad.

–Pero es la verdad. Y luego, con el tiempo –proseguí–, uno de los dos morirá y el otro tendrá que ir a su funeral. Y dar un discurso.

–Jam, ya *basta* –dijo Leo.

De inmediato, lamenté haber dicho algo semejante. Ni siquiera sabía por qué había hablado de esa forma. Estaba todo el tiempo de malhumor y Leo no merecía que lo tratara así. Solo tenía doce años y aparentaba ser todavía más pequeño. Algunos de sus compañeros de curso parecían estar listos para tener hijos; Leo parecía ser uno de esos hijos que ellos podrían llegar a tener. A veces, le hacían zancadillas en los pasillos, pero a él no le molestaba porque había encontrado la forma de que nada lo afectara. Desde que había cumplido diez, estaba obsesionado con el mundo alternativo de un videojuego llamado *Dream Wanderers* que tenía cubos mágicos, aprendices y personajes llamados *driftlords*.

Yo aún seguía sin saber qué era un *driftlord*. Pero, en aquel momento, ni siquiera sabía lo que era un mundo alternativo. Ahora claro que lo sé. Y también comprendí lo que mi hermanito ya sabía hacía tiempo: a veces, un mundo alternativo es mucho mejor que el mundo real.

–No quise ser mala –le dije a Leo mientras íbamos en el auto–. A veces me pongo así –agregué.

–Mamá y papá me dijeron que, cuando actúas de esa manera, debo dejarlo pasar, debido a...

–¿Debido a qué? –mi voz tenía un dejo de nerviosismo.

–A todo lo que has sufrido –respondió con incomodidad. Leo y yo prácticamente no habíamos hablado del tema. Era tan pequeño, y no podía entender lo que me había sucedido, lo que había sentido.

La conversación no iba hacia ningún lado, de modo que cada uno se dedicó a mirar por su ventanilla y finalmente Leo cerró los ojos y se quedó dormido con la boca abierta. El auto permaneció envuelto en el olor de las papas fritas sabor barbacoa que él había estado comiendo. Sentí pena por Leo porque ahora sería como un hijo único. Y porque se había quedado sin una hermana mayor normal y, en su lugar, tenía una que estaba tan destrozada como para tener que ir a vivir a una escuela especial en otro estado, a seis horas de viaje.

La llegada a El Granero fue sumamente tensa. Mamá trataba de ordenar mi habitación mientras DJ nos observaba en silencio desde su cama, claramente divertida con toda la escena.

–No te olvides de darle a tu muñeco dos buenos golpes todos los días para que el relleno se mantenga uniforme –advirtió mamá mientras yo colocaba mis pertenencias en los cajones.

De mi bolso, extraje el frasco de mermelada de piña y jengibre *Busha Browne's*, el dulce de Jamaica que Reeve me había dado la noche en que nos besamos por primera

vez. Mientras sostenía en la mano el cilindro de vidrio frío, supe que nunca abriría esa mermelada. Era una especie de urna que contenía las cenizas de Reeve. La tapa quedaría intacta para siempre; ese recipiente era sagrado para mí. Lo coloqué en el cajón de arriba de mi cómoda y lo cubrí cuidadosamente con una montaña de sostenes, ropa interior y un viejo camisón de Tweety.

–Dale un buen golpe con el brazo. ¿De acuerdo, Jam? –continuó mamá–. Como si fuera un acosador que te asaltó en un callejón.

–Má –repuse mientras DJ seguía observando con total descaro. Me resultaba muy irritante y no podía creer que tuviera que vivir con ella.

–Lo que quiero decir es que debes darle un buen puñetazo en la parte de abajo y en los costados –prosiguió mi madre mientras mostraba cómo debía atacar al “compañero de estudio”, ese enorme almohadón con brazos que ella había insistido en comprarme cuando pasamos por el supermercado de Crampton.

La mujer de la caja nos había sonreído una vez que logramos subirlo a la cinta móvil. Y luego había dicho con voz cantarina:

–¿Alguien va al Colegio Fenster?

El Colegio Fenster era un internado pretencioso, que quedaba no muy lejos de mi casa en Nueva Jersey, donde las chicas tenían caballos y todos llevaban uniformes celestes y cantaban canciones cursis con rimas horribles como: “Oh Fenster, querido Fenster, nunca olvidaremos este semestre”. Incómodas, mamá y yo hicimos un gesto negativo con la cabeza.

Mi compañero de estudio era gigante, anaranjado y de gamuza. Lo odié en la tienda y volví a odiarlo al verlo en mi cama de El Granero con los brazos estirados. Hasta odiaba el nombre: “compañero de estudio”. Todos sabían que yo todavía no estaba en condiciones de estudiar.

Aparentemente, sin embargo, ya era hora de “ponerse a estudiar en serio” y “aplicarse a la tarea”, como decía la gente. Y como no podía hacerlo, entonces era hora de inscribirme en El Granero donde, supuestamente, la combinación del aire de Vermont con la miel de castaño y la ausencia de medicación psiquiátrica y de Internet, me curarían. Pero yo no podía curarme.

La otra cuestión que detestaba de que el muñeco se llamase “compañero de estudio” era que yo ya no tenía “compañeros” ni amigos. Antes de conocer a Reeve y querer estar todo el tiempo con él, mis mejores amigas eran otras dos chicas simpáticas y de bajo perfil, con cabello lacio... chicas como yo. Estudiábamos mucho pero no éramos tragalibros, y habíamos fumado algo de marihuana pero no éramos drogadictas. Por encima de todo, nos consideraban lindas, dulces y algo tímidas.

En realidad, no creo que nadie pensara demasiado en nosotras. Éramos el tipo de chicas que se trenzaban el pelo unas a otras de pequeñas, practicábamos pasos de bailes sincronizados y nos quedábamos a dormir unas en las casas de las otras todos los fines de semana. En esas pijamadas, conversábamos muy abiertamente sobre gran variedad de temas como las “relaciones amorosas”, por supuesto, aunque de nosotras, solo Hannah Petroski tenía un novio de verdad y de larga data, Ryan Brown.

Los dos tomaban la relación muy en serio y casi habían tenido sexo.

–Estamos a un *milímetro* de hacerlo realmente –había revelado Hannah un fin de semana. Y aunque yo no sabía con claridad qué quería decir eso, asentí como si supiera. Hannah y Ryan estaban enamorados desde la clase de kínder de la Sra. Delahunt y se habían dado el primer beso en un retazo de alfombra en el rincón de la siesta.

Después de que perdí a Reeve, mis amigas iban a visitarme muy seguido. Venían a casa con expresión solemne y las escuchaba desde mi habitación cuando hablaban con mis padres en la sala.

–Hola, Sr. Gallahue –decía una de ellas–. ¿Jam está mejor? ¿No? ¿Ni un poquito? Guau, realmente no sé qué decir. Bueno, le hice unas galletas...

Pero cuando llamaban a la puerta de mi dormitorio, nunca quería hablar con ellas demasiado tiempo.

–Solo deseo que superes esto de una vez –comentó Hannah finalmente un día, sentada en el borde de mi cama–. Ni siquiera estuvieron juntos mucho tiempo. ¿Cuánto fue? ¿Un mes?

–Cuarenta y un días –la corregí.

–Bueno, sé que estás pasando un momento difícil –señaló–. Digo, Ryan es mi vida, así que no es que no pueda entender de *alguna* manera lo que te ocurre. Pero igual... –agregó con voz apagada.

–¿Pero igual *qué*, Hannah?

–No sé –respondió y luego añadió con tristeza–: Tengo que irme, Jam.

Si Reeve hubiera estado ahí, yo le habría dicho: “¿No odias la forma en que las personas dicen *Pero igual, tres puntos* y dejan que sus voces se vayan apagando como si hubieran concluido la frase? *Pero igual* no quiere decir *nada*, ¿verdad? Solo significa que no puedes explicar lo que sientes”.

–Sí, odio eso –me habría contestado–. La gente que dice *Pero igual* está poseída por el demonio.

Reeve y yo solíamos ver el mundo de la misma manera. Después de perderlo, me quedé echada en la cama. Una vez, usé mi camisón de Tweety durante cinco días seguidos. Mis amigas dejaron de venir: no más visitas ni galletas. Mis padres trataron de hacerme volver a la escuela pero todos me observaban porque sabían cuánto había amado a Reeve. Me quedaba sentada en la clase con los ojos cerrados y no escuchaba casi nada de lo que hablaban.

–*Hola, Jam* –decía alguna profesora–. ¿Qué pasa ahí dentro?

A veces, en el medio de la jornada escolar, me encontraba en un cuadrado de luz roja, bajo la señal de salida del gimnasio o sentada en un puf en un rincón de la biblioteca y, de repente, recordaba que ese era un lugar en el que había estado con Reeve. Entonces, me daba un ataque de pánico. Se me cortaba la respiración y salía disparando por el pasillo, atravesaba las puertas de incendio y no paraba de correr.

Al principio, algún profesor o alguien del personal de la escuela corría detrás de mí, pero después de un tiempo todos se cansaron de hacerlo.

–¡Estoy demasiado vieja para esto! –me gritó una vez la enfermera de la escuela desde el otro lado del campo de fútbol.

–Si Jamaica no logra quedarse en la escuela durante las horas de clase –advirtió el director a mis padres–, tal vez deberían pensar en recurrir a otro sistema para ella.

De modo que intentaron con clases a domicilio. Trajeron a un antiguo profesor de Historia que todos sabíamos que lo habían echado por ir a dar clase borracho de tanto beber vodka. Era un sujeto agradable con una cara triste y arrugada como esos perros Shar-Pei y, aunque nunca fue ebrio a darme clase, yo no podía prestar atención y volvía a quedarme dormida.

–Ay, Jam –decía–. Me temo que esto no está funcionando.

Y después de que mi papá, mi mamá y mi hermano Leo se despidieron de mí en el dormitorio –todos ellos muy alterados, yo vacía y sintiéndome estúpida–, y después de haberme sentado en el comedor frente a un pollo asado con quinoa, abrumada por las caras y voces nuevas que me rodeaban mientras permanecía separada y sin hablar con nadie, y después de una noche en la que apenas había dormido, me encontraba acurrucada en la cama, en la primera mañana de clases en El Granero.

Y DJ, completamente vestida y con el cabello encima de mi cara, pidió ver mi horario. Hice un vago ademán hacia el escritorio, donde estaban apiladas desordenadamente el resto de mis pertenencias. Hurgó entre ellas hasta que encontró un papel doblado. Al observarlo, su expresión cambió.

–¿Qué? –disparó, y me miró con extrañeza. DJ era mitad oriental y mitad judía. Tenía pelo oscuro lacio y brillante y el rostro salpicado de pecas–. ¿Tienes “Temas Especiales de la Literatura”? –inquirió elevando el tono con incredulidad.

–No lo sé –respondí. No me había fijado qué clases tenía, pues no me importaba en absoluto.

–Sí, acá está –afirmó–. Es tu primera clase del día. ¿Tienes idea de lo extraño que es que te hayan elegido?

–No. ¿Por qué?

DJ se sentó a los pies de mi cama.

–Primero, se trata de una asignatura legendaria. La profesora que la dicta, la Sra. Quenell, solo lo hace cuando quiere. Por ejemplo, el año pasado, decidió no darla. Dijo que no existía la “mezcla” adecuada de alumnos y vaya uno a saber qué quiso decir. E incluso cuando sí dicta la materia, no acepta a casi *nadie* en su clase. Te tomas el trabajo de llenar la solicitud para que te incluyan pero, básicamente, siempre te ofrecen otra clase en su lugar. Este verano –prosiguió DJ–, le escribí una nota especialmente aduladora explicándole lo importante que era para mí que me aceptara para cursar la asignatura al comenzar el otoño. Dije que, cuando fuera a la universidad, quería hacer una licenciatura en Literatura y que, “si tenía la suerte de ser aceptada en Temas Especiales, seguramente eso me lanzaría en la dirección correcta”. Realmente usé esas palabras lameculos, pero no funcionaron. Me pusieron en la clase de Literatura común, como a casi todo el mundo. Es una broma total.

–Bueno. Quizá sea una suerte que no lograras entrar.

–Eso es lo que siempre dice la gente –repuso DJ irritada–. Y no hace más que aumentar mis deseos de estar ahí. Te cuento que dura solamente un semestre, termina justo antes de las vacaciones de Navidad. Y se estudia solo un escritor.

–¿Un solo escritor durante todo el semestre?

–Sí, y siempre cambia. La Sra. Quenell es muy vieja –continuó DJ–. Es uno de los pocos profesores de El Granero a los que no se los llama por el nombre. El primer día de clase, uno de cada dos profesores dice: “Llámenme Heather” o “Llámenme Ishmael”, como diciendo “somos sus mejores amigos y pueden contarnos cualquier cosa”. Pero no es el caso de la Sra. Quenell. Y hay otra cosa rara: hay alumnos que aparecen anotados en su clase sin haber pedido estar en ella. Como, al parecer, tú. Suele haber cinco o seis personas en la asignatura. Es la clase más pequeña y selecta de toda la escuela.

–Por mí, puedes tomar mi lugar –acoté.

–Ojalá pudiera. Durante el semestre, todos actúan como si esto no fuera gran cosa. Pero cuando termina, dicen que les cambió la vida. Me muero por saber en qué les cambió tanto. El problema es que ahora no puedes preguntarle a nadie porque todos los que han estado en esa clase ya abandonaron la escuela. También había alumnos de distintos años, pero los últimos ya se graduaron o se fueron. Te juro que es como una de esas sociedades secretas. –DJ me observó con una expresión entre impresionada y hostil, y agregó–: Entonces dime, ¿qué tienes tú de especial?

Lo pensé un segundo.

–Nada –respondí. Reeve fue lo más especial que me había ocurrido en la vida. Ahora no era más que una chica apática de pelo largo, a la que solo le importaba su propio dolor. Desconocía el motivo por el cual me habían elegido para cursar Temas Especiales de la Literatura con la Sra. Quenell. Ni siquiera *quería* estar en una clase avanzada donde era obvio que debería esforzarme mucho para que me fuera bien. Yo prefería que me permitieran pasarme todo el año durmiendo al fondo de la clase, mientras la profesora se acaloraba y quedaba al borde del infarto al debatir si *Huckleberry Finn* era racista o no.

En cambio, era probable que tuviera que “participar”. Pero yo no quería participar en nada. El mundo podía seguir girando sin mí y dejarme en paz para que pudiera cerrar los ojos y descansar durante las clases. En apariencia, El Granero no había recibido el mensaje.

Pero DJ, que tampoco había recibido el mensaje de que quería que me dejaran en paz, me obligó a salir de la cama y a vestirme.

–Arriba –decía mientras hacía gestos con la mano, porque debía levantarme. Noté que tenía las uñas pintadas de un verde grisáceo.

–¿Acaso eres mi mamá? –pregunté.

–No, tu compañera de cuarto.

–No sabía que levantarme fuera tu tarea –señalé con frialdad.

–Bueno, ahora ya lo sabes –dijo DJ, quien, a pesar de su apariencia y de la forma insidiosa en que se había comportado frente a mis padres, parecía que se tomaba muy en serio eso de ser compañera de habitación. Se las

arregló para sacarme de la cama y hasta insistió en que comiera alguna cosita antes del comienzo de la clase.

–Necesitas tener la mente bien despierta –afirmó.

–No me importa.

–Créeme. Lo necesitarás. Aquí tienes. Come. –La situación era sumamente irónica: la chica con trastornos alimenticios le insistía para que comiera a su compañera de habitación sin esos trastornos. Pero DJ no pareció notarlo. Había hurgado debajo del colchón para extraer una barra aplastada de cereal con chocolate y malvaviscos.

Tomé la barra y la engullí aunque tenía gusto a tierra vieja y compacta rellena con trocitos de grava. No le pregunté por qué debía hacerle caso cuando no la conocía en absoluto. Lo único que sabía de ella era que debía tratarse de una chica con bastantes problemas como para haber aterrizado en El Granero. Y, en realidad, yo debía estar igual.

–Es por tu bien –me había dicho mi padre unas noches atrás, cuando estaba preparando el bolso con el que solía ir de campamento todos los veranos.

Luego mi madre, que siempre soltaba la verdad cuando estaba estresada, había agregado:

–¡Cariño, ya no sabemos qué hacer contigo!

De modo que en la primera mañana de mi exilio en El Granero y después de haber comido una barra de cereal aplastada y desabrida, mi compañera de cuarto me hizo salir deprisa al exterior. El parque de la escuela lleno de hojas verdes y brillantes era realmente bonito, aunque a mí seguía sin importarme. Genial, en vez de vivir en una casa suburbana estilo rancho color azul pálido

en Gooseberry Lane en Crampton, Nueva Jersey, este ser medio muerto en que me había convertido vivía ahora en Nueva Inglaterra en un internado anormal, que había sido arreglado para que pareciera una escuela normal. Había muchísimos árboles, senderos sinuosos y chicos con mochilas.

–¿Ves ese edificio? –dijo DJ señalando una enorme construcción de madera color rojo–. Solía ser un granero –de ahí tomó el nombre la escuela, *obvio*– pero ahora se usa para dar clases. Es el edificio más lindo de todos y, como no podía ser de otra manera, ahí es donde se encuentra el aula de Temas Especiales.

Me llevó hacia el interior y me condujo por un largo corredor.

Los viejos pisos de madera pulida cruzaron bajo nuestros pies. Los chicos deambulaban haciendo tiempo hasta que llegara la hora del inicio de las actividades.

–Hola, DJ, ¿estás en la clase de Física de Perrino? –le preguntó un chico.

–Sí –respondió con desconfianza–. ¿Por qué?

–Yo también.

–Qué asombrosa coincidencia –comentó.

Ahí, DJ parecía popular, algo que nunca habría ocurrido en Crampton. Por otro lado, también fue muy sorprendente que yo llegara a ser popular en mi escuela después de haber sido, durante tantos años, una chica linda de cabello largo igual a tantas otras. Pero cuando empecé a salir con Reeve, algunos chicos que formaban parte del grupo que decidía qué otros chicos eran importantes, empezaron a prestarme más atención. Todos notaron

aquella vez en que Reeve se había sentado conmigo en la clase de Arte mientras yo lo dibujaba. Ese día estábamos muy juntos y se corrió el rumor de que algo pasaba entre nosotros.

Eso explicaría por qué Dana Sapol, probablemente la chica más importante de Crampton y que nunca había sido simpática conmigo, había levantado la vista de su armario y dicho:

–Este sábado, mis padres se irán con mi hermanita Courtney a lo de mis abuelos, así que va a haber fiesta en mi casa. Deberían venir. Estará el inglés guapo del intercambio.

Traté de aparentar que no era importante que ella hubiera dicho eso, pero claro que lo era. Dana me guardaba rencor desde aquel día en segundo curso en que ella había ido a la escuela sin ropa interior. Lo descubrí porque se colgó boca abajo en los juegos del patio, aunque afortunadamente, yo había sido la única que la había visto.

–Dana, olvidaste ponerte *ropa interior* –susurré colocándome delante de ella para que nadie más la pudiera ver.

Uno pensaría que me iba a estar agradecida. Yo lo había notado antes de que nadie la viera. Pero fue como si yo supiera algo escandaloso de ella, con lo cual podría tenerla dominada para siempre. No es que alguna vez fuera a utilizar en su contra lo que había visto, pero fue lo que ella pensó. Transcurrieron los años y el incidente de la ropa interior de Dana se podría haber convertido en algo gracioso de lo cual reírnos, pero no fue así. Me trataba cruelmente o me ignoraba... hasta el momento en que, repentinamente, me invitó a su fiesta.

Yo había girado la combinación de mi cerradura con una expresión vagamente interesada, como si no me importara la invitación ni que Reeve estaría allí. Como si tal vez pudiera tener algo que hacer el sábado por la noche más allá de quedarme a dormir en lo de Hannah o en lo de Jenna, o de ir al centro comercial a mirar jeans, o pasar una noche de juegos en familia con mis padres y Leo. Antes, no me habían parecido mal esos programas –hasta me habían gustado– pero, de golpe, no podía creer que hubiera pasado tanto tiempo haciendo esas cosas.

De pronto, solamente quería estar con Reeve. Era lo único en que pensaba. Él había dicho que a los Kesman, la familia con la que vivía, les preocupaba que eligiera las amistades “correctas”. Era algo comprensible. El año anterior, habían recibido a una chica de Dinamarca que lo único que hacía era andar en zuecos y fumar marihuana. De modo que, cuando llegó Reeve, le revisaron el equipaje en busca de sustancias ilegales.

–O zuecos –agregó Reeve.

Pero él no se dedicaba a esas cosas y yo tampoco.

–Si quiero volverme paranoico y engullir un tazón entero de fresas con nata y una bolsa de patatas fritas no necesito ninguna hierba que me obligue a hacerlo, joder –dijo una vez, y me pareció muy gracioso.

–“Un tazón entero de fresas con nata” –repetí–, “patatas”, “joder”. Me encanta cómo hablas.

–“Oye, tía” –continuó Reeve tratando de divertirme–. “Chaval”. “Gilipollas”. “Eso serían doce duros”. “Los infantes de la casa de la hostia”.

Parada afuera del aula, en un pasillo de El Granero,

el rostro y la voz de Reeve daban vueltas en mi cabeza hasta que DJ puso fin a mi ensoñación.

–*Concéntrate*. La clase está por comenzar. Después tendrás que contarme todo lo que sucedió.

Y me empujó hacia adentro.